

PANORAMA DE LA INQUIETUD AMERICANA

Notas Iniciales.

Problemas que requieren un desapasionado examen plantea la actualidad americana. Asistimos a un período crítico de la política continental. Quebrantada la aparente normalidad interior de diversos Estados por fuerzas inconexas y desprovistas de claros objetivos, se agitan en el caos moral y económico del momento las más contradictorias tendencias, aspirando a fijar un rumbo a la inquietud colectiva.

Lo que se advierte, desde luego, en el fondo de las inorgánicas turbulencias de Bolivia, Perú, Argentina, etc., es el contraste entre las ideologías en cuyo nombre se realizan los pronunciamientos y las necesidades reales del medio social, y la falta de energías políticas, afianzadas en sólidas disciplinas de cultura verdadera. Es la crisis, no del régimen tal o cual, sino la crisis de la sociedad misma, cuyos factores hay que buscar en la realidad biológica e histórica de los países afectados.

Hasta ahora hemos vivido los hispano-americanos engañados respecto de nosotros mismos y de nuestras posibilidades, adorando mitos que no interpretan el sentido de la tierra, tras de los cuales realizan su destino de conquista y predominio las fuerzas financieras que dan el tono de la política mundial y gobiernan directamente los avances imperialistas de las grandes potencias.

¿Qué significa, pues, la caída de Siles, Leguía, o Irigoyen — gran figura política de enérgico relieve este último — y su reemplazo por nuevos gobernantes que prometen a los pueblos ingenuos el comienzo de saludables renovaciones? Nada, en el fondo, nada sino un cambio en el decorado espectacular de la escena pública. Y un cambio a veces perjudicial, como en el caso de Argentina, donde se ha hecho cargo del gobierno un grupo representativo de la oligarquía terrateniente y bancaria, vinculada a las combinaciones de las finanzas estadounidenses.

Los problemas relativos a la organización, al funcionamiento y al destino del Estado ofrecen a nuestra América características peculiares derivadas de nuestro vasallaje económico. La nueva generación debe considerarlos con frialdad analítica — que no excluya los oportunos entusiasmos — si quiere encontrar las mejores directivas de acción. Son problemas de tan compleja índole que, a ratos, producen en el ánimo del observador congoja y desconcierto. Para adoptar frente a ellos una actitud histórica eficaz, que marque derroteros al porvenir de las fuerzas nuevas, se requiere la colaboración solidaria de una generación alerta.

Conocernos a nosotros mismos — con nuestras energías, nuestras debilidades y nuestros anhelos — y ubicarnos como corresponde, sin vanidades ingenuas o esperanzas desmesuradas, en el conjunto de un mundo dominado por los poderes financieros y técnicos de un capitalismo que asciende en su curva de desarrollo por sobre las fórmulas vacías de una cultura en ocaso: eso es lo primero y para ello es necesario abatir los prejuicios teóricos y los tópicos románticos que tanta privanza han tenido en el ánimo de generaciones más inclinadas al ensueño que a la acción.

Para dar los primeros pasos en nuestro propio camino de perfección, seamos críticos realistas, capaces de ahondar en la crisis continental con esa severidad de juicio que no vacila ante el espectáculo de la propia miseria y la energía de voluntad necesaria para desdeñar muchas halagüeñas ilusiones con que ha sido costumbre en América cubrir el panorama — casi siempre lamentable — de la verdad.

Pueblos sin estructura orgánica, trabajados en su desorden vital por corrientes de contradictorio sentido, nada hay en nosotros, los hispano-americanos, que indique posibilidades efectivas de un autónomo desarrollo cultural. Somos pueblos nacidos del encuentro de factores de muy diversa calidad étnica: mestizos sin arraigo en ninguna tradición, en quienes la anarquía de los instintos ocupa el lugar de las fuerzas morales que orientan a las naciones maduras en una evolución secular.

Pero no es, tampoco, esa primigenia anarquía de instintos que caracteriza a las épocas germinales de una cultura nueva, como lo sostienen muchos optimistas observadores de las cosas americanas; no es exceso de vitalidad fecunda que se derrama sin encontrar los cauces que la historia le destina: es la anarquía propia de la etapa de civilización en que nos he-

mos formado con el agravante de los factores indígenas.

Y es que estamos dentro de la vorágine de la civilización occidental sufriendo todos sus vicios de decadencia y no disponiendo de ninguna de las fuerzas históricas que aún en medio de la crisis contemporánea mantienen un resto de eficacia y una vaga unidad en el espíritu europeo. Constituimos un arbitrario mosaico de elementos diversos. Técnicas y creencias, ideales y modas, instituciones y costumbres mundanas, todo lo recibimos de Europa y, ahora, de los Estados Unidos.

Frente a esto, ¿qué podemos hacer? La voluntad histórica está determinada por imperativos designios que no nos es dable penetrar. Apenas podremos vislumbrar los vagos lineamientos de su futura trayectoria. Algo, sin embargo, puede afirmarse: que estamos uncidos al destino de la civilización occidental capitalista, entre cuyos conflictos desempeñaremos colectivamente un rol que puede llegar a ser de la más alta importancia.

¿Cuál puede ser mientras tanto la política de las generaciones nuevas? Desde luego, una política acorde con el sentido y los recursos de la realidad. No es ya posible repetir el gesto lamentable de generaciones precedentes que querían realizar en pueblos de turbulento mestizaje y caudillos insumisos, el reinado de la Diosa Razón. Ni pretender imponer mediante decretos redactados por poetas, las instituciones británicas en sociedades convulsionadas por pasiones insurrectas.

Tampoco es de desear que en un alarde de originalidad que carece de fundamento en posibilidades ciertas, se pretenda agrupar el entusiasmo innovador en torno a las fórmulas desvanecidas de las culturas autóctonas, muertas hace siglos. Las culturas son organismos y como tales no resucitan. Milagros de esta naturaleza no se han dado en la historia ni en la vida. Las masas indígenas constituyen un formidable lastre en el desenvolvimiento americano.

Veneración de la fórmula, confusión de la oratoria con la política, desprecio de los valores vivientes, han sido características de la política continental. Aquí han reinado sin trapeso las grandes palabras: democracia, liberalismo, igualdad, justicia. Los ideólogos y los audaces las han manejado como lemas de relumbrón para organizar la tragedia de las revoluciones y las reacciones y perpetuar, bajo su influjo adormecedor, el predominio de las oligarquías agrarias y mercantiles al servicio de las empresas que han ido colonizando económicamente nuestra América, captando las fuentes de riqueza y los mercados posibles, extendiendo por todas partes redes de tentaculares intereses.

No podía ser, por lo demás, de otra manera. En Europa y los Estados Unidos acontece lo mismo. Sólo en los últimos tiempos los poderes financieros que aprisionan el mundo moderno se han mostrado claramente y una especie de sinceridad desesperada acomete a los grupos sociales determinando su actitud política. Ahora, se prefiere mirar la verdad. Los mitos legados por el siglo XIX se desmoronan y una luz fría ilumina el panorama contemporáneo. Es preciso que también entre nosotros, en Hispano América, se estudie el problema político y la juventud se libre de ver en movimientos como los presentes otra cosa que los conflictos superficiales de una crisis profunda, semejantes a los que pueblan la crónica roja y pintoresca de la política del pasado.

Los nuevos gobiernos de Bolivia, Perú, Argentina responden a momentáneos e impulsivos afanes de los pueblos. Pasada la violenta embriaguez de los comienzos, ya se advierten síntomas de desencanto, renacientes inquietudes que irán a desahogarse en parecidas convulsiones. Mientras tanto las fuerzas financieras y los agentes del imperialismo continúan entre bastidores su formidable actividad de conquista. Los gobernantes hacen frases; las sociedades esperan; la historia sigue su curso....

Tratemos, pues, de explicarnos los fenómenos hispano-americanos, considerándolos dentro de la órbita en que actúan las fuerzas de la civilización occidental. Para eso, tendremos que indicar, aunque sea someramente, las características que ésta ofrece en economía y en política. Espiritual y económicamente somos colonias de las grandes potencias que atraviesan por un álgido período en que sus elementos históricos alcanzan máxima tensión. Somos actualmente comparsas subalternas en el escenario de la civilización. Una vez situados en su dramático dinamismo, podremos intentar una visión de nuestras posibilidades ulteriores.

(De la vuelta)

La expansión capitalista y el mito democrático.

Asistimos a un desarrollo portentoso de las fuerzas económicas del capitalismo. La economía penetra los resortes fundamentales de la vida moderna, determina la conducta de los gobiernos y las combinaciones de la diplomacia, empuja, en fin, la voluntad humana en un frenesí de acción que escapa a toda estructura de disciplina. Los valores del espíritu no han resistido al choque de los intereses financieros; en la vida pública como en la vida privada el dinero y la voluntad de lucro dan la norma definitiva.

• Parece próxima a realizarse la conquista material del mundo de que nos habló Keyserling. La técnica señorea a la naturaleza. El capital, definido como la suma de energías financieras que vitaliza el mundo económico actual, es superior a las fuerzas morales y políticas que, arraigadas en el subsuelo tradicional de las sociedades, ensayan de vez en cuando estériles tentativas de superación humana.

Nuestra época marca una hora magnífica del capitalismo. Nada puede detener su avasallador impulso histórico. La mecánica ha sobrepasado las formas conocidas de producción dando a la economía capitalista el dominio universal de las fuentes naturales y de los mercados. El hombre es esclavo de la máquina. La ciencia no hace sino afirmar y desarrollar en grado extremo los recursos técnicos de que se sirven la voluntad de lucro de los grandes capitanes de la industria y el fino cálculo de los estrategas del crédito.

Como lo dice Spenger en su "Decadencia de Occidente", el dinero ha pasado a ser un valor independiente y superior con respecto de las cosas que antes entraban en el juego mercantil. Realiza verdaderos milagros: El pensamiento de los financistas, que en nuestros días es un poder económico, crea valores y con ellos actúa, a la vez, en distintas partes del mundo. Las transacciones comerciales de alto rango se realizan según cálculos abstractos, basados en posibilidades, que recuerdan por su amplitud genial y su tacto instintivo a la diplomacia y la estrategia de las épocas de rica cultura.

Pero el mundo económico del capitalismo envuelve contradicciones formidables que periódicamente alteran la superficie de la historia. Sobrevienen crisis de producción, con la consiguiente depresión general de los negocios y la desocupación de las masas obreras, y los múltiples problemas derivados. Otras veces, la necesidad de conquistar mercados nuevos y los choques mercantiles inevitables en un sistema de competencia sin control, precipitan los conflictos. Los Estados, al servicio de las fuerzas económicas, viven en perpetua actitud de combate. Transitoriamente, en lo que se refiere a esta etapa de la existencia occidental, Marx tiene razón: la economía determina la política.

Desde los comienzos del desarrollo industrialista puede advertirse una gradual penetración de los factores económicos en la actividad pública. Con la Revolución Francesa, que marcó el epílogo del absolutismo, entran a actuar los partidos que son agrupaciones de ideología e intereses, realizando los fines de la burguesía como fuerza histórica. Todo cuanto daba continuidad y unidad a la acción del Estado desaparece junto con el respeto a los símbolos de la tradición y se inicia una era problemática. La veneración tradicional por las instituciones — de honda raíz religiosa — se ha desvanecido en el alma colectiva.

Ese es el sentido íntimo de aquel gran movimiento de liberación. Los partidos de la burguesía, aún aquellos que se decían conservadores, fueron liberales, porque representaban una protesta contra el orden antiguo, contra las disciplinas hereditarias, y las jerarquías de clase, contra el mundo — ya sin alma — de la tradición. La política burguesa empieza a oscilar entre las dos fuerzas revolucionarias que destruyeron los cimientos de la sociedad monárquica: la inteligencia y el dinero.

La inteligencia encarnada por los ideólogos y retóricos que habían leído a Rousseau y a los enciclopedistas, forja regímenes ideales, establece los "derechos del hombre", formula las nuevas teorías de felicidad. Poseída de entusiasmo racionalista ejercita una crítica violenta contra las ilusiones religiosas que ya no suscitaban, por lo demás, el fervor de antaño, y, orgullosa de sus éxitos, cree dirigir el Estado y haber dado a la vida un inédito esplendor.

Pero, no fué ella lo que, en realidad, prosperó detrás de los nuevos mitos que se llamaban Democracia, Progreso, Libertad, etc.: fué el dinero. Y desde entonces, ha aprovechado la libertad para impulsar la economía capitalista; ha gobernado a su antojo el mecanismo del sufragio y, mediante él, conservando las apariencias espectaculares de la democracia ha ejercido y ejerce el control del Estado. Nada más conmovedor — a partir de la Revolución Francesa — que el empeño de los idealistas por establecer las fórmulas igualitarias y fraternales de la democracia en un mundo regido por las duras leyes capitalistas. Lo que se ha llamado democracia debió llamarse, desde un principio, plutocracia.

Todos los órganos de la democracia inciden en el mismo destino: servir a la voluntad de lucro de las minorías que señorean el mundo económico. Las ilusiones políticas de los teóricos son utilizadas por las oligarquías financieras. Sometidos a la presión irresistible de los agentes del dinero — prensa, sufragio, partidos, parlamentos, servicios públicos — las masas contemporáneas, satisfechas de su presunta soberanía, ponen en movimiento las maravillosas técnicas productoras de riqueza.

Esta realidad de la civilización occidental ha alcanzado su expresión aguda y monstruosa en los Estados Unidos de Norte América. Poderosos sindicatos controlan las fuentes informativas en todo el territorio de la Unión y organizan las mascaradas populares del sufragio. Por intermedio de ellos y disfrazados con elocuentes propósitos de bien público, hablan los intereses de los dictadores de las finanzas. Escritores americanos como Upton Sinclair, Waldo Franck, Sinclair Lewis proporcionan útiles noticias sobre la verdad política y social de la "gran democracia del Norte".

Las contradicciones internas del poderío capitalista han provocado la organización de los elementos afectados por la servidumbre del salario y, después de la guerra última, el nacimiento de nuevas corrientes políticas que aspiran a una integración del Estado. El mito de la democracia — política de partidos, fanatismo electoral, etc. — no suscita confianza ni mueve los espíritus como en épocas anteriores. Hoy se quiere una política que sepa controlar a la economía, que imponga a los poderes informes y universales del capitalismo la disciplina del Estado Nacional.

Eugenio González R.

(Continuará)